



# OPINION

# POLITICA

**Por la comunicación, el intercambio y el debate entre los revolucionarios**

COOPERACION VOLUNTARIA

Número 4

GUATEMALA, Mayo-Junio 1985

## **¡CONSTRUIR EL MAS AMPLIO FRENTE DE RESISTENCIA ANTIIMPERIALISTA EN CENTRO AMERICA Y DEFENDER LA REVOLUCION POPULAR SANDINISTA!**

*Desde hace dos décadas, Centro América ha entrado en una época de revolución social. En los últimos años, por todas partes en el istmo las bases del sistema de explotación y de sujeción al imperialismo así como las situaciones coloniales y nacionales vinculadas al modelo capitalista agroexportador dependiente, están entrando en crisis. Y en los vórtices de la lucha clasista y nacional en el área, las bases del sistema se comienzan a derrumbar.*

*A partir de la década de los años 70, en Nicaragua, en El Salvador y en Guatemala, tres revoluciones pugnan por abrirse paso, y sus respectivas sociedades son conmocionadas hasta sus cimientos por vigorosas luchas armadas populares. Una de ellas, la Revolución nicaragüense, logró tomar el poder político, arrancando de raíz las oprobiosas instituciones de la dictadura somocista. En 1979, la cadena de la dominación imperialista se rompió en Centro América por su eslabón más débil.*

*En 1981, el pueblo de Belice, tras siglos de situación colonial, accedió a la independencia. Sin embargo, la emancipación del dominio colonial, si no se desarrolla hacia el cuestionamiento de la dominación imperialista, lejos de darle perspectiva nacional verdadera al pueblo beliceño, lo encadena a formas de sujeción superiores y más cargadas de consecuencias. En Honduras y en Costa Rica, el imperialismo ha encontrado condiciones coyunturales para convertir a esos países en bases para su agresión. Pero al hacerlo ha agravado la situación de ambos, mediante la militarización que cierra en Honduras los relativos espacios que existían antes para buscarle solución a los problemas más inmediatos por vía evolutiva; y en Costa Rica, a través de la formación acelerada de un ejército antiguerrillero, rompe irreversiblemente los equilibrios sociales y políticos que han sido sustento de las formas democráticas de gobierno de ese país.*

*No se trata, por lo tanto, de una coyuntura pasajera de luchas, sino de todo un periodo de reacondicionamientos sociales, gestados en la gran matriz de la historia centroamericana. Los reveses y los retrocesos temporales no son sino reflujos episódicos de la erupción revolucionaria. Estallidos aún más violentos, complejos y generalizados se organizan en las entrañas de estas sociedades en proceso de transformación irreversible.*

*El triunfo sandinista en Nicaragua es, sin duda alguna, la victoria más importante lograda por los pueblos de Centro América desde la emancipación de España, en 1821. La*

toma del poder por el FSLN fue el producto de una coyuntura en la cual convergieron los esfuerzos insurreccionales de prácticamente todo el pueblo nicaragüense, las formas superiores de la lucha armada, la guerra de guerrillas, el amplio frente político interno y un vasto frente político-diplomático internacional, factores todos ellos que fueron articulados y dirigidos contra la dictadura en el momento oportuno, por la vanguardia revolucionaria : el FSLN.

El gran consenso nacional antisomocista —que trascendió en 1979 las diferencias de clase— fue la base política de los esquemas de alianza internos y externos para la toma del poder, así como el punto de partida de la plataforma programática de economía mixta, pluralismo político y no alineamiento que caracterizan al régimen revolucionario desde entonces. Como lo han definido sus dirigentes, la Revolución Popular Sandinista es una convergencia en la lucha por la soberanía, la independencia nacional y la autodeterminación, de tres grandes corrientes históricas de la humanidad: el nacionalismo popular, el cristianismo y el marxismo.

A pesar de su carácter y de su moderación programática, la Revolución Popular Sandinista ha desatado el odio del imperialismo, el cual trata de aplastarla con todos los medios a su alcance, incapaz de tolerar, en un país explotado y dependiente, la voluntad de independencia y autodeterminación. Todas las armas imperiales han sido desplegadas contra Nicaragua: económicas, políticas, diplomáticas, militares, en una estrategia que persigue el estrangulamiento del país y el colapso del régimen revolucionario, bajo la amenaza constante de intervención militar directa. Por el norte introduce ejércitos mercenarios y por el sur alienta la guerra de guerrillas contrarrevolucionaria; ha convertido a Honduras en base militar de agresión y en Costa Rica avanza con el mismo propósito; en ambos mares despliega sus unidades navales; promueve, financia e instiga a las peores fuerzas de la reacción interna y externa; establece pactos militares, decreta el bloqueo económico, desafiando a la opinión pública mundial y desafiando con su prepotencia a las instituciones encargadas de darle vigencia al derecho internacional. Miles de muertos y cuantiosas pérdidas materiales son el resultado de la brutal agresión del imperialismo. La gran burguesía norteamericana le teme sobre todo al contagioso ejemplo emancipador que se produce en su zona inmediata de influencia. Esa es la verdadera razón de su guerra intervencionista contra Nicaragua.

Sin embargo, la máquina intervencionista del imperialismo no va dirigida sólo contra ese país hermano. La agresión va dirigida contra el movimiento revolucionario centroamericano en su conjunto y contra todos aquellos gobiernos y fuerzas dispuestos a brindarle a la lucha de nuestros pueblos alguna forma de solidari-

dad, puesto que el enemigo concibe el área como una totalidad interrelacionada e interdependiente. Ello es así debido a que las luchas por la emancipación nacional y social en Centro América y América Latina, están vinculadas objetivamente por el sustrato común que representa nuestra dependencia del imperialismo y nuestra sujeción a su sistema hemisférico de dominio. Nicaragua representa hoy el objetivo principal de la agresión, porque es allí donde la dominación está siendo principalmente desafiada, como ayer lo fue en México, en Guatemala, en Cuba, en República Dominicana, en Chile, en Granada. Pero las armas apuntan contra todos nosotros.

En Nicaragua, por lo tanto, se juega el destino de Centro América y el de América Latina. Para los revolucionarios centroamericanos, la defensa de la Revolución Popular Sandinista es una prioridad y un deber; para los gobiernos democráticos del continente es una necesidad que dimana de la autoconservación y de las propias perspectivas de sobrevivencia. ¿Qué nos corresponde hacer a los revolucionarios centroamericanos en esta hora decisiva? La responsabilidad principal en la defensa de la Revolución Popular Sandinista recae en nosotros, puesto que es la defensa de nuestra propia y entrañable causa. La fórmula que proclama que la mejor forma de solidaridad es el desarrollo de la propia lucha, aunque es importante, resulta insuficiente y no es real en una etapa de empates estratégicos o de retrocesos temporales.

El carácter de la revolución en cada uno de nuestros países es distinto y su desarrollo es también desigual. Por ello, la tarea vital de defender lo que constituye nuestro principal logro histórico, no puede subordinarse a las posibilidades de lucha particular que permita la correlación concreta de fuerzas existente en cada país. Nuestro esfuerzo por Nicaragua debe proyectarse a escala regional, mediante el aprovechamiento de los factores que en las circunstancias concretas permiten enlazar a los distintos pueblos en una lucha común frente al imperialismo, y vincularse a los intereses latinoamericanos que buscan por necesidad propia mayor autonomía y poder de negociación frente a los yanquis. La defensa de Nicaragua conlleva una máxima confrontación con el imperialismo. Nuestra lucha, en consecuencia, debe trascender las fronteras nacionales y en la confrontación debemos emplear todas las armas a nuestro alcance.

Si la agresión no se dirige sólo contra Nicaragua sino contra el movimiento revolucionario de Centro América en su conjunto, los revolucionarios centroamericanos debemos levantar una lucha común contra el imperialismo. No es combatiendo desarticuladamente como habremos de enfrentar con eficacia a la más

poderosa máquina de agresión de nuestro tiempo, sino concertando nuestro esfuerzo organizadamente. El proyecto revolucionario centroamericano global se vería favorecido, pues la unidad de acción es el punto de partida para lograr niveles superiores de unidad política.

Si el imperialismo recurre a la agresión militar como consecuencia de su debilidad política, nosotros debemos aprovechar esa debilidad y librar la batalla en primer lugar con las masas, con los pueblos, pues la base popular de la causa revolucionaria centroamericana constituye nuestra primera y principal fortaleza. La guerra revolucionaria, en aquellos países donde está planteada, se vería favorecida, porque la acumulación de fuerzas en el terreno político es un prerrequisito para la recuperación o para el desarrollo de nuestras luchas militares.

Si el imperialismo organiza conspiraciones diplomáticas para tratar de aislar a Nicaragua, nosotros debemos levantar ante la conciencia universal un programa de resistencia centroamericana antiimperialista, susceptible de despertar la solidaridad efectiva de pueblos, gobiernos y fuerzas con nuestra causa centroamericana. Un programa común nos beneficiaría a todos porque sería un paso efectivo para eliminar las expresiones de estrechez nacional y de particularismo que subsisten en el movimiento revolucionario del istmo.

Si el imperialismo, en fin, promueve, financia e instiga alianzas contrarrevolucionarias, nosotros debemos construir el más amplio frente de resistencia antiimperialista en Centro América y librar a partir de éste las insoslayables luchas políticas que la defensa de la Revolución exige. La activa y organizada lucha antiimperialista nos beneficiaría a todos, puesto que la solidaridad militante fortalecerá nuestro internacionalismo, ya que éste es la expresión más alta de la conciencia revolucionaria.

La defensa de la Revolución Popular Sandinista es una causa irrenunciable de los revolucionarios centroamericanos. Su defensa es política, militar, económica y diplomática. Es una causa común, una tarea global e implica una lucha que, aunque debemos concebirla en el largo plazo, se debe emprender de inmediato. Presupone la unidad de acción de los revolucionarios, una visión de conjunto, el florecimiento de un internacionalismo revolucionario militante y un necesario eje rector. Ese eje rector debe construirse a partir de la convicción de que la defensa de la Revolución Sandinista es nuestra tarea común y prioritaria.

**“Nuestro esfuerzo por Nicaragua debe proyectarse a escala regional, mediante el aprovechamiento de los factores que en las circunstancias concretas permiten enlazar a los distintos pueblos en una lucha común frente al imperialismo, y vincularse a los intereses latinoamericanos que buscan por necesidad propia mayor autonomía y poder de negociación frente a los yanquis. La defensa de Nicaragua conlleva una máxima confrontación con el imperialismo. Nuestra lucha, en consecuencia, debe trascender las fronteras nacionales y en la confrontación debemos emplear todas las armas a nuestro alcance... levantar ante la conciencia universal un programa de resistencia centroamericana antiimperialista... construir el más amplio frente de resistencia antiimperialista en Centroamérica”.**

# LA CUESTION MILITAR (III)

## LAS ARMAS REVOLUCIONARIAS Y EL PROBLEMA DE LA INSURRECCION (1)

—Ideas para la elaboración del programa militar de la revolución guatemalteca

"Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas aparecen iluminados por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodus, hic salta!"

Carlos Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

### I

En las condiciones de Guatemala, la emancipación nacional y social de su pueblo sólo podrá lograrse mediante la violencia revolucionaria; ésta es la vía de la revolución. El Estado que gestaron y consolidaron a través de la historia las sucesivas clases dominantes y el dominio imperialista, ha sido y es un aparato de dominio que por medio de la violencia pudo instaurarse y subsistir; sólo mediante la violencia podrá ser derrocado. De parte de explotados y oprimidos, la forma que ha adoptado esa violencia, en el presente período histórico, ha sido la de una lucha armada cuya concepción político-militar se ha tratado de sintetizar en la estrategia de guerra popular revolucionaria. Por primera vez en cua-

tro siglos y medio, grandes sectores de las masas populares guatemaltecas se incorporaron a un proceso de lucha político-militar propio, en el marco de un proyecto revolucionario concreto.

Para enfrentar este masivo alzamiento liberador, la clase dominante ha debido recurrir a las formas más brutales de lucha y al ejercicio de una represión de dimensiones sin precedente para mantener el poder, expresión esto de una crisis nacional única en la historia del país. A lo largo de estos años de lucha las bases ideológicas del sometimiento secular comenzaron a quebrantarse, y por ello el dominio de clase sólo ha podido mantenerse me-

dante la violencia extrema.

Aunque afrontando de nuevo una derrota temporal, la justeza y el arraigo de la causa revolucionaria han permitido la continuidad de la lucha y la acumulación de importantes recursos reales y potenciales. Al mismo tiempo, en medio de estas batallas aleccionadoras las masas se politizaron. Hoy, no es conciencia respecto a la naturaleza bestial y explotadora del enemigo lo que les hace falta, sino certeza en la eficacia de las formas de lucha y comprensión de fondo de los objetivos de la revolución. Al análisis de las formas de lucha en el plano fundamentalmente militar está dedicado el presente artículo.

<sup>1)</sup> Las ideas contenidas en el presente material no constituyen una estrategia militar alternativa. Las necesidades y tareas que aquí consignamos trascienden la esfera de las leyes y principios específicos que rigen la dirección de los factores de la guerra en una situación de lucha armada, apuntando a aspectos que son propios de la doctrina y de la concepción política de un proyecto revolucionario. El carácter de los presentes planteamientos, por lo tanto, es el de ideas a tener en cuenta en la elaboración del programa militar de la revolución guatemalteca, pues en términos programáticos, y no en los estrechos marcos de una estrategia militar o político-militar, consideramos que se deben plantear los objetivos y las grandes tareas a cumplir por las fuerzas revolucionarias en su lucha por la toma del poder y en la perspectiva de construir una nueva sociedad.



Los años transcurridos desde 1963, año en que se inicia organizadamente la lucha armada en el país, han demostrado la validez de la guerra de guerrillas como forma estratégica de lucha; la práctica histórica hace evidente que utilizando tácticas irregulares, los revolucionarios pueden construir fuerzas guerrilleras en las zonas montañosas, suficientes para asediarse y desgastar la fortaleza enemiga; pero no para lograr su derrota sólo por esa vía. Sin embargo, esa práctica también ha sido aleccionadora para el enemigo, el cual ha desarrollado en ese lapso formas superiores de represión y de guerra. La eficacia de las armas del adversario, sumada a las insuficiencias propias, se ha traducido en la reiteración de ciclos de auge de la lucha guerrillera, a los cuales suceden períodos de reflujo. Sin embargo, antes que demostrar la invalidez de la guerra de guerrillas como forma de lucha, lo que estos impases cíclicos revelan son sus deficiencias y la necesidad de su engarce global con programas sociales y políticos, con formas amplias de lucha de masas y con otras formas estratégicas de la violencia revolucionaria.

Una de las claves de estos impases periódicos radica en la relación histórica de no correspondencia en el desarrollo de las formas políticas y militares de lucha. En la experiencia, la dinámica de ambos factores se ha caracterizado ya sea por su despliegue paralelo o por el anacronismo del factor militar. En el primer caso, la guerra de guerrillas y las luchas amplias de las masas tienen lugar como producto de dinámicas sociales y políticas relativamente independientes, por lo cual la primera no se engarza con la segunda en ninguna de las formas que reclamaria el desarrollo del movimiento en su conjunto. El anacronismo del factor militar, a su vez, adopta dos modalidades: en la primera se trata de una dinámica de radicalización de las formas de lucha de las masas que no se corresponde con la correlación militar de fuerzas ni con el desarrollo organizativo de la guerra de guerrillas, por lo cual la lucha radicalizada de las masas

no desemboca en sus formas superiores de manera efectiva; en la segunda, se trata de una dinámica militar que no corresponde con la correlación política de fuerzas global ni con el desarrollo organizativo de la base de apoyo, por lo cual las formas superiores de lucha militar no encuentran el sustento de masas proporcional que reclama su más alto despliegue<sup>2</sup>.

La segunda causa de fondo del desfase estratégico de las formas de lucha reside en la no correspondencia entre la dinámica social y las formas de lucha preferenciales impulsadas por las fuerzas revolucionarias en áreas claves del país. En la ciudad, en la costa sur y en populosas áreas indígenas del altiplano se priorizaron formas de lucha incongruentes con el carácter o con la dinámica de la organización social allí existente. En la ciudad y en los llanos del sur, el despliegue aparatista de la guerra de guerrillas y la acción paramilitar de grupos de élite de las organizaciones de masas —las acciones ejemplares, el sabotaje, el ataque al poder local enemigo—, representaron formas de lucha del todo insuficientes para propiciar la incorporación a la guerra de una población que se caracteriza por su concentración en áreas desfavorables para la guerra de guerrillas, por el vital papel que juega en el funcionamiento del aparato productivo y de servicios y, en consecuencia, por su dependencia directa del salario y del mercado. En las populosas áreas indígenas del altiplano, estos rasgos estructurales se matizan por la relativa autonomía económica propia del campesino y por las características relativamente mejores del terreno para la guerra irregular; pero aquí hay que tener en cuenta, por una parte, la creciente dependencia de los productores al mercado y, por la otra, el factor de cohesión que en estas áreas representa la identidad étnico-cultural, elemento que, al propiciar la generalización de las luchas a escala local y regional, y al coincidir con una crisis nacional, determina que la lucha de los pueblos indígenas adquiera rápidamente una dinámica insurreccio-

nal.

La no correspondencia entre la dinámica social y las formas político-militares de lucha, explica en última instancia el desborde de éstas o su relación de desfase con las luchas de masas libradas en la ciudad en octubre de 1978, en la costa sur en febrero y marzo de 1980 y en el altiplano central y nor-occidental en 1980-81. Las dinámicas diferentes son propias del movimiento de las masas, particularmente cuando éste se da en el marco de una oposición aguda entre el campo y la ciudad o entre áreas vinculadas de manera muy distinta con la economía del país, tal como ocurre en Guatemala. El desarrollo desigual del movimiento de masas tiene por lo tanto una base material, pero la incidencia de ésta no es fatal y puede y debe ser compensada por el factor global de conducción y su organización correspondiente.

La tercera causa fundamental de los reflujos periódicos de la guerra de guerrillas, finalmente, estriba en el desequilibrio de las formas estratégicas de lucha en relación a las fuerzas motrices de la revolución. La base histórica de la lucha armada en el país, en efecto, ha sido la guerra de guerrillas rural, por lo cual el peso principal del esfuerzo militar ha recaído en el campesinado pobre. El proletariado industrial, el proletariado agrícola y la mayoría del semiproletariado no han tenido a su alcance las formas de organización y de lucha que su situación en la sociedad requiere y que sean las adecuadas para participar en el esfuerzo político-militar, siendo sin embargo estos sectores en su conjunto (esta clase en formación) la fuerza motriz principal de la revolución. Con relación al proyecto, este desbalance de fondo produce dos consecuencias: en lo coyuntural provoca el desequilibrio cíclico de la guerra en términos geoestratégicos, puesto que la ciudad, el llano y las zonas indiferenciadas<sup>3</sup>, al cambiar en las coyunturas la correlación militar de fuerzas, de manera desfavorable, se convierten en áreas de virtual dominio indisputado para el enemigo<sup>4</sup>; este des-

(2) Lo primero ocurrió durante el período de alza de la lucha amplia de masas en los centros urbanos y sub-urbanos, de 1974 a 1980, período que coincidió con fases de implantación o reconstrucción de la guerra de guerrillas rural, o con su despliegue en la ciudad y en el llano mediante unidades militares no asentadas en bases populares de apoyo, sino en aparatos artificiales (aparatismo). Ejemplo de desfase en el desarrollo de la lucha militar fueron los fenómenos insurreccionales que tuvieron lugar en el altiplano central y en el nor-occidente, entre 1980 y 1981, cuando la guerra de guerrillas rural no logró desarrollarse hacia formas superiores, mientras que la sublección de las masas planteó por su propia dinámica un abyecto desalojo de poder y existió en consecuencia de una decisión rápida que en términos militares no podía plantearse. Ejemplo del despliegue tardío de la lucha militar es el que tiene lugar en la actualidad, cuando las fuerzas guerrilleras han emprendido fases de concentración de fuerzas, en medio del rebote generalizado de la lucha de las masas rurales.

(3) En la línea militar del EGP se definen como zonas indiferenciadas aqúe llanos del país que no poseen inequívocamente las características de los planos estratégicos fundamentales: ciudad, llano y montaña, planos que no se definen simplemente por su topografía, sino por un conjunto de factores económicos y sociales con valor político-militar, y cuya dialéctica es la que constituye el nudo esencial de movimiento de la formación social guatemalteca.

(4) En la década de los años 60, el desequilibrio geoestratégico se manifestó en el aislamiento de las zonas guerrilleras del nor-orienté en relación al resto del país; en la década de los 70, en la desproporción del desarrollo de los frentes guerrilleros rurales y los frentes de la ciudad, del llano y de las zonas indiferenciadas; en lo que va de la presente década, en los planes de concentración de fuerzas militares en áreas determinadas de las montañas, sin correspondencia con la situación militar y política prevalente en los restantes escenarios de lucha.

**Actualmente, afectadas sus bases de sustentación por los avances del enemigo y por sus propias insuficiencias históricas, la guerra de guerrillas rural ha entrado de nuevo en un impase, y, quedando como la única forma de lucha, de hecho ha invalidado la estrategia de guerra popular revolucionaria, la cual por definición es político-militar y engloba distintas formas de lucha convergentes y coherentes entre sí.**

balance, además, entraña el riesgo de que los asalariados no participen en la lucha armada por la toma del poder, lo que empobrece al sujeto político de la revolución y reduce su capacidad de convocatoria, en lo inmediato, y a largo plazo comporta limitaciones y peligros para la prefiguración de la sociedad revolucionaria del futuro.

Actualmente, afectadas sus bases de

sustentación por los avances del enemigo y por sus propias insuficiencias históricas, la guerra de guerrillas rural ha entrado de nuevo en un impase, y, quedando como la única forma de lucha, de hecho ha invalidado la estrategia de guerra popular revolucionaria, la cual por definición es político-militar y engloba distintas formas de lucha convergentes y coherentes entre sí. La

recuperación de la guerra de guerrillas rural y, por lo tanto, la de la estrategia global de la que aquélla debe ser parte, depende ahora de las alternativas que plantea la situación de los grandes factores de la correlación de fuerzas en la presente etapa. Por ello es indispensable la evaluación de estos factores, en primer lugar en el campo enemigo.

## II

En todas las épocas, los ejércitos contrarrevolucionarios se han caracterizado por la bestialidad para enfrentar las rebeliones populares; son expresiones extremas de la lucha de clases, cuando ésta adopta forma de enfrentamiento militar y porta en sus entrañas la revolución. Sin embargo, la síntesis de eficacia y bestialidad que caracteriza a la acción antiguerrillera del ejército guatemalteco, trasciende este fenómeno propio de las guerras

civiles. Tres hechos históricos explican esta índole del ejército: la idiosincrasia de la clase dominante<sup>5</sup>, de la que ha sido históricamente el principal órgano represivo; la estructura y la ideología de que ha sido dotado por parte del imperialismo yanqui<sup>6</sup> y sus aliados contemporáneos, y la explosividad del conflicto social en un país que es a su vez uno de los escenarios más propicios del continente para la guerra irregular.

A pesar de estos condicionantes históricos y de su apego al modelo estructural y tecnológico originario, el ejército guatemalteco ha desarrollado rasgos que lo singularizan en el ejercicio de la contrainsurgencia. Su práctica durante más de dos décadas de la guerra contrarrevolucionaria —en un país donde el conflicto social se dirime mediante las formas más violentas de lucha y en escenarios que hacen imprescindible el carácter irregular de las mismas—

(5) Los explotadores guatemaltecos se caracterizan por haber surgido y haberse consolidado como clase dominante —a través del avasallamiento de la población nativa y más tarde de las clases asalariadas— mediante los métodos más violentos y crueles. Pedro de Alvarado, el conquistador español del país, no se conformó con vencer la resistencia militar de los reinos en derrota; quemó vivos a los reyes cautivos, para sentar precedentes de terror frente a la población indígena. Las matanzas, la política de *correrles la tierra* y las reducciones de Indios en pueblos especiales —inmediatamente después de la guerra de conquista— son los antecedentes de las actuales campañas de genocidio, tierra arrasada y reconcentración poblacional. Durante los tres siglos que duró la Colonia, la dominación se mantuvo principalmente por la represión y el terror, aplastando por las armas las sublevaciones indígenas y colgando en la horca a sus dirigentes, complementando la violencia con la labor ideológica. Los diferentes regímenes que gobernaron Guatemala a partir de 1821, año de la Independencia, procedieron de igual forma. El fusilamiento sustituyó al patíbulo y el látigo de liberales o conservadores al cepto colonial. La clase dominante, por ello, ha acumulado históricamente una ideología de violencia y represión, proporcional a los privilegios de que goza y a su carácter de minoría cuyo dominio se asienta en la fuerza de las armas.

Uno de los componentes principales de esa ideología es la opresión y la discriminación de que hacen objeto al indígena. Explotadores que no tienen escrúpulos para quemar o colgar mestizos pobres, no tienen ningún freno para hacerlo en mayor escala y con mayor sevicia contra seres humanos a los cuales consideran inferiores y despreciables por naturaleza. Así consideran al indígena, el productor colectivo que ha generado históricamente para ellos la riqueza que despilfarran y en defensa de la cual están dispuestos a cometer los más grandes crímenes.

(6) El actual ejército guatemalteco es creación ideológica y estructural del imperialismo norteamericano. Son las ideas de la burguesía imperialista yanqui las que rigen el pensamiento de los militares guatemaltecos; es su visión del mundo, su enfoque imperial de la geoestrategia, su concepto tecnológico del poderío, su rígido anticomunismo lo que determina las doctrinas militares y la práctica política de la oficialidad del ejército; es en las academias yanquis donde han aprendido estrategia y son asesores norteamericanos quienes los han adiestrado en tácticas de exterminio; de los arsenales imperialistas provienen los explosivos que arrojan sobre las aldeas de Huehuetenango y sobre los bosques de San Marcos; son reactores de combate y helicópteros fabricados por sus transnacionales los que transportan el cargamento devastador. A partir de la guerra fría, la idiosincrasia histórica de explotación, discriminación y violencia de la clase dominante, encuentra en el anticomunismo su síntesis ideológica; en la contrainsurgencia —desde hace veinticuatro años— el medio principal para la defensa del sistema; en el ejército contrainsurgente, el principal instrumento, cuya práctica es una de las experiencias más brutales y complejas de la contrarrevolución moderna.

ha determinado que el órgano represivo fundamental del sistema haya recreado la doctrina yanqui de contrainsurgencia: adaptándola a la prolongación indefinida en una sociedad dependiente, sin poseer la base material de quienes la concibieron como estrategia de decisión relativamente rápida, en base al poderío industrial y tecnológico; haciéndola prevalecer en situación de virtual aislamiento político— aunque compensando la condena mundial mediante alianzas con otros regímenes genocidas— en un mundo en el cual los creadores de la doctrina original partían de la hegemonía; desatando ríos de sangre en defecto de las reformas que la doctrina aconseja, en un país donde los cambios de estructura requeridos para buscarle cauce al conflicto social son incompatibles con el sistema prevaleciente y con el dominio de clase que le corresponde; haciendo contrainsurgente el régimen político<sup>7</sup>, en una sociedad donde la forma de preservar el dominio de clase ha sido el exterminio permanente de los opositores.

De su mismo carácter se derivan las contradicciones de la estrategia contrainsurgente, en el plano fundamentalmente militar. Tres son estas contradicciones, constituyendo debilidades de fondo del ejército guatemalteco. Las tres se desprenden, respectivamente, de los grandes factores a los que ha debido recurrir la institución armada para adaptar su estrategia a la del adversario, al carácter del Estado del que se ha convertido en el soporte decisivo y a las circunstancias internacionales en que se ve obligada a cumplir su función contrarrevolucionaria.

—La primera contradicción reside en que PARA CONTRARRESTAR LA ESTRATEGIA ADVERSARIA EL EJERCITO SE VE FORZADO A DISPUTARLE LAS MASAS A LA REVOLUCION Y A SERVIRSE DE ELLAS EN LA GUERRA, SIENDO QUE NO SOLO LOS METODOS QUE UTILIZA PARA SOMETERLAS SINO LOS INTERESES QUE PERSIGUE, SON ANTAGONICOS CON LOS DE LAS MASAS POPULARES.

—La segunda contradicción consis-

te en que EN LAS CONDICIONES ACTUALES DE LA SOCIEDAD GUATEMALTECA EL REGIMEN POLITICO DEBE SER FORZOSAMENTE CONTRAINSURGENTE; PERO LA COHERENCIA DOCTRINAL Y PRACTICA DE ESTA ESTRATEGIA EXIGE EL DESPLIEGUE DE TRANSFORMACIONES SUSCEPTIBLES DE MEDIATIZAR POR ELLAS MISMAS A LAS MASAS SUBYUGADAS, TRANSFORMACIONES QUE SON INCOMPATIBLES CON LOS INTERESES INMEDIATOS Y MEDIATOS DE LA CLASE DOMINANTE, particularmente en la situación de crisis prolongada por la que ésta atraviesa, la cual la empuja a formas brutales de acumulación de capital.

—La tercera contradicción estriba en que MAS DE DOS DECADAS DE CONTRAINSURGENCIA HAN CONVERTIDO AL EJERCITO EN UNA VIRTUAL ESTRUCTURA DE CARACTER IRREGULAR QUE PARA CONSOLIDARSE REQUIERE DE LA ASISTENCIA DEL IMPERIALISMO, MIENTRAS QUE EN VIRTUD DE LOS INTERESES DEL IMPERIALISMO EN CENTRO AMERICA, ESTE CONDICIONA SU RESPALDO AL EJERCITO GUATEMALTECO A LA PARTICIPACION DEL MISMO EN LA GUERRA CONTRARREVOLUCIONARIA QUE DESPLIEGA EN EL AREA, PARA LA CUAL ESTA FUERZA ARMADA SE HALLA MILITAR Y POLITICAMENTE INCAPACITADA, teniendo en cuenta el nivel actual de insurgencia interna.

Este conjunto de contradicciones, empero, refleja las debilidades objetivas de la estrategia enemiga; pero ellas sólo se convierten en factores favorables para la revolución si ésta logra explotarlas. En el caso de las dos primeras se requiere que la revolución le dispute las masas al enemigo en el terreno político y social, ganándolas a su programa, y en el caso de la tercera, que como resultado de su acción de conjunto logre elevar el nivel general de la insurgencia, creando condiciones en las cuales un involucramiento del ejército guatemalteco en la guerra centroamericana, pueda ser clave para su derrota.

En la historia del arte militar, el sur-

gimiento de las armas se produce como resultado de la adecuación al teatro de operaciones y a los recursos del adversario, de los recursos tecnológicos proporcionados por el desarrollo científico-técnico, traduciéndolos en fuerzas y medios y utilizándolos mediante las síntesis que representan la estrategia y la táctica. En más de veinte años de guerra contra su propio pueblo, y basándose en los medios que le proporcionan el imperialismo y sus aliados, el ejército guatemalteco ha desarrollado su propio y mortífero arsenal antiguerrillero. En este caso, sin embargo, no se trata de las armas clásicas que oponen entre sí los ejércitos en el campo de batalla; de armas cuya eficacia depende de la calidad que le imprime el general al arte del combate, de la campaña, de la batalla, aplicando al encuentro la ciencia militar. Aquí se trata del arsenal de que echa mano para aplastar la rebelión en su contra, una clase condenada por el desarrollo histórico.

Para cumplir con el principio doctrinal de *quitarle el agua al pez*, en efecto, el ejército guatemalteco ha debido exterminar, en magnitudes sin precedentes, a la población rural, y ha debido arrasar en gran escala su economía; pero para colmar otro principio en que a la vez se asienta la doctrina —el cual en su traducción nacional podría formularse como que *del mismo cuero salen las correas*— ha debido organizar formaciones paramilitares masivas y reconcentrar a la población del teatro de operaciones. En la doctrina, ambas medidas aparecen con rango de principio, puesto que las dos constituyen respuestas de signo contrario al carácter popular de la guerra. La necesidad de ambos principios se fundamenta en el axioma de que no es posible afectar en sus bases una guerra masiva y generalizada sin diezmar, por una parte, y sin incorporar, por la otra, a parte de esa misma población a las propias fuerzas militares o paramilitares (poder local, milicias territoriales, redes de información, fuerza de trabajo masiva en función militar, etc.)

Esta doble necesidad de la contrain-

(7) La sucesión de golpes de Estado y de gobierno militares, como expresión del deterioro institucional, pero como reflejo a la vez del grado de dependencia que ha llegado a tener el régimen político en relación al ejército y a su estrategia de contrainsurgencia, ilustran el proceso en que el Estado adopta crecientemente ese carácter, como forzoso resultado de la guerra y de la crisis de poder que determina. La polarización social, la agudeza de la lucha de clases, las contradicciones insolubles del sistema y la crisis institucional permanente, producto de todo ello, llevan a que la única forma de garantizar la sobrevivencia y el funcionamiento del Estado capitalista en el país, sea instaurando un régimen político contrainsurgente, independientemente de que el poder formal del gobierno lo ejerzan civiles o militares. Se trata de un régimen basado en el ejército y en la permanente lucha antiguerrillera, exigencia que reclama de aquél un papel hegemónico al interior del Estado y en relación a la clase dominante tradicional; que reclama la subordinación de los intereses parciales de la burguesía al interés central de defender el sistema frente a la amenaza revolucionaria; que exige la implantación de un sistema de seguridad nacional que abarca el país en su conjunto y que se concibe con vigencia para un plazo indefinido, sistema al cual se sujetan los mecanismos políticos con los que tradicionalmente ha dirimido la clase dominante sus disputas internas de poder. La razón central de ser del Estado pasa a ser la lucha contra la subversión revolucionaria del orden establecido. Sólo articulando alrededor de una estrategia única, político-militar, los recursos económicos, militares, políticos y diplomáticos del Estado como tal —debilitado cualitativamente por el esfuerzo de guerra— resulta posible la defensa y la reproducción del poder. Según sea la situación concreta de la correlación de fuerzas el Estado contrainsurgente hará más énfasis en los aspectos políticos o militares de su estrategia.

surgencia, sin embargo, genera una contradicción antagónica —y por lo tanto estratégicamente irresoluble para el enemigo— aunque en lo coyuntural aparece velada por la correlación militar de fuerzas. NINGUN EJERCITO, EN EFECTO, PUEDE CONSUMIR CAMPAÑAS DE EXTERMINIO Y SUCESIVAMENTE INCORPORAR A LOS SOBREVIVIENTES A SUS FILAS, SIN PROVOCAR EN LA MASA AFECTADA FENOMENOS IDEOLÓGICOS Y POLÍTICOS PROPORCIONALES A LA MAGNITUD DEL GENOCIDIO Y DEL ARRASAMIENTO PERPETRADOS, aunque dichos fenómenos no se traducen mecánicamente en conciencia revolucionaria, existiendo el riesgo de que su prolongación indefinida, sin perspectivas de solución, pueda derivar hacia el apareamiento de rasgos de descomposición. Durante la fase de desarticulación de los frentes guerrilleros rurales del altiplano central y del noroccidente, los resortes del odio clasista y del resentimiento étnico fueron comprimidos al máximo, y aunque eso no signifique que tales factores puedan conducir por su sola existencia a la revolución, sí implica que sobre esa base sea imposible la reestructuración estable del sistema de dominación.

La formación generalizada de patrullas civiles y aldeas estratégicas, ciertamente, es la modificación histórica más importante lograda por el enemigo en la estructura del poder local; pero fue conseguida al costo más alto del dominio de clase en la experiencia histórica: el de la alternativa entre el exterminio en masa de los opositores o el derrumbe del sistema. Al organizar las formaciones paramilitares masivas que constituyen las patrullas civiles en las áreas arrasadas —centenares de miles de indios explotados, vejados y degradados secularmente, y ahora parcialmente adiestrados en el uso de las armas y en tácticas irregulares—, la clase dominante y el ejército han creado nuevas condiciones para quienes deben ser sus enterradores.

A excepción de la fuerza de las armas, cuyo uso implicaría la reiteración de ciclos represivos contradictorios con el objetivo mismo de recomponer el sistema, para el ejército la única posibilidad de quitarle base al riesgo de rebelión de esta masa sometida por el terror y la fuerza, es el despliegue de las transformaciones contempladas —también con rango de principio— en la doctrina de contrainsurgencia. Es el gran propósito de las llamadas fases de consolidación de las áreas en conflicto, y es el factor decisivo en relación al objetivo estratégico de disputarle las masas a la revolución. Del grado en que este objetivo se logre depende, en definitiva, la consolidación de

**...las Coordinadoras Interinstitucionales —y en general la hegemonía del ejército y su control directo del aparato de Estado— entran en contradicción con las necesidades de institucionalidad real, normada por leyes y por equilibrios de poder con la clase dominante, que es ingrediente esencial, de carácter político, para hacer factible una reactivación de la economía del país. El despotismo militar se ha revelado incompatible en la práctica con las garantías y "reglas de juego" estables y prolongadas que requiere la inversión privada de capitales, local y extranjera.**

los resultados de la acción militar, dependiendo de ésta, a su vez, la viabilidad del sistema, que es la base material de su sobrevivencia.

De ahí la adecuación institucional contrainsurgente que tiene lugar bajo el sistema de Coordinadoras Interinstitucionales. Estas son, en realidad, la forma de colocar bajo el control militar los ministerios clave del Ejecutivo, las instituciones oficiales ligadas al desarrollo y la nueva estructura de poder local creada tras las campañas antiguerrilleras. Es el esqueleto del verdadero poder del Estado —el poder creado con la guerra—, sustento decisivo del dominio de clase en el presente y de la hegemonía del ejército. Sin embargo, las Coordinadoras Interinstitucionales — y en general la hegemonía indiscutida del ejército y su control directo del aparato de Estado— entran en contradicción con las necesidades de institucionalidad real, normada por leyes y por equilibrios de poder con la clase dominante, que es ingrediente esencial, de carácter político, para hacer factible una reactivación de la economía del país. El despotismo militar se ha revelado incompatible en la práctica con las garantías y "reglas de juego" estables y prolongadas que requiere la inversión privada de capitales, local y extranjera.

A nivel del Estado en su conjunto, sin embargo, la cristalización de este nuevo poder no depende únicamente de la voluntad del ejército, sino del grado en que el régimen como tal se adecúe y responda en lo económico y social a su vital función contrarrevolucionaria. Es aquí donde la estrategia contrainsurgente enfrenta su segunda y decisiva contradicción: UN MODELO ECONOMICO-SOCIAL AGOTADO HISTORICAMENTE, INCAPAZ DE TOLERAR LAS TRANSFORMACIONES QUE SU REPRODUCCION EXIGIRIA, SIN HACER DEPENDER SU SOBREVIVENCIA DEL USO DE LA FUERZA EN PROPORCIONES TALES, QUE IMPIDIERAN SU FUNCIONAMIENTO NORMAL. La estructura económico-social guatemalteca, en efecto, no es susceptible de transformarse —en el grado en que lo requieren la neutralización o la eliminación, al menos parcial, de las contradicciones que generan la lucha revolucionaria—, sin afectar inmediata y globalmente los intereses de la gran burguesía, tal como éstos están conformados en la actualidad.

El modelo capitalista agroexportador dependiente del imperialismo está prisionero de factores internos y externos —cuya transformación equivaldría a una revolución—, como son el sistema lati-minifundista y el modelo industrial de mercado restringido que lleva aparejado, el hecho de que el conjunto de la economía dependa de unas cuantas exportaciones agrícolas cuyo poder de compra se reduce inexorablemente y la dependencia de la importación de capitales a los criterios económicos de los centros financieros imperialistas. Son los factores estructurales en que se han asentado históricamente las alianzas internas y externas de la clase dominante guatemalteca. Sin embargo, si el ejército y la clase dominante logran consolidar su poder sobre las masas mediante el sometimiento militar y la terrible presión del hambre y del desempleo, privando con esto a las masas de independencia y de fuerza social real, la sobrevivencia de ese capitalismo desfasado y agotado —y a mediano plazo su eventual recomposición parcial— puede tomar la forma de una sobreexplotación mucho más intensa que cualquiera del pasado. En la crisis actual del capitalismo guatemalteco, el componente político y la correlación de fuerzas sociales juega un papel decisivo, de manera que el debilitamiento o fortalecimiento de las luchas de masas —y de su más elevada expresión, la lucha revolucionaria— juega un papel vital y directo en el funcionamiento del sistema.

A la intolerancia estructural por los



cambios necesarios, propia del modelo socio-económico, deben sumarse los elementos coyunturales de una crisis económica determinada en su profundidad y duración por la crisis generalizada del campo capitalista, agudizada en el país a partir de 1979 por la situación de guerra interna, por el triunfo de la Revolución sandinista y por el serio deterioro del proyecto integracionista del Mercado Común Centroamericano, elementos que tampoco son susceptibles de reversión en el corto plazo. Es este el marco estructural y coyuntural de los planes reformistas de consolidación de las llamadas áreas en conflicto, punto de agotamiento y de crisis potencial de la estrategia anti-guerrillera. Los planes reformistas del ejército en las zonas de guerra, por todo ello, descansan fundamentalmente en el sometimiento militar, en la represión selectiva, en el terror periódico, en la persecución de todo factor ideológico que pudiera conducir a dotar a las masas de perspectiva propia, en la sobreexplotación de la fuerza de trabajo y en la gestación de nuevas capas sociales que reproducen y agudizan los conflictos internos de la población del campo. Sin embargo, en lo inmediato, las necesidades de sobrevivencia de los campesinos sometidos permiten que la mera recuperación de condiciones para producir cree vínculos de dependencia material hacia los proyectos locales del ejército, los cuales buscan, en el marco del minifundio, devolverle a éste la capacidad de hacer sobrevivir a una masa campesina cuya presión demográfica sobre la tierra es menor, en virtud de haber sido diezmada por la represión y disminuida por el éxodo enorme, interno y externo.

La contradicción que dirime el ejército guatemalteco con el imperialismo, finalmente, tiene tres aspectos, relacionados de manera directa con las dos contradicciones anteriores:

—el primero consiste en que el ejército reclama del imperialismo la ayuda económica necesaria para costear la guerra interna y las reformas que requiere la coherencia doctrinal de la contrainsurgencia, comportando éstas un elevado monto correlativo a la crisis general de la economía, mientras que el imperialismo le exige al ejército impulsar previamente reformas económicas y políticas que no hagan de la ayuda imperial una mera subvención de la guerra;

—el segundo consiste en que las distintas administraciones yanquis comandan al ejército a controlar la situación militar interna —valorando el ries-

**Al organizar las formaciones paramilitares masivas que constituyen las patrullas civiles en las áreas arrasadas —centenares de miles de indios explotados, vejados y degradados secularmente, y ahora parcialmente adiestrados en el uso de las armas y en tácticas irregulares— la clase dominante y el ejército han creado nuevas condiciones para quienes deben ser sus enterradores.**

go de que el país se desgaje por vía revolucionaria de su esfera de influencia—, a la vez que le exigen una legalidad imposible de conciliar con la represión indispensable para mantener el poder;

—el tercer aspecto reside en la exigencia imperialista de que el ejército se alinee a su proyecto intervencionista en el área, condicionando a ese alineamiento la reanudación de la ayuda militar y económica y el respaldo diplomático, en tanto que el ejército, por una parte, condiciona sus servicios al imperialismo a la solución previa de sus más agudas contradicciones internas y, por la otra, se halla militar y políticamente imposibilitado de hacerlo. El ejército considera además —y con razón— que una postura de compromiso total y directo con la política centroamericana del imperialismo, sería un factor de primer orden para el desarrollo y agudización de su conflicto interno, y es privilegiando éste —que lejos de ser incompatible, coincide con los intereses esenciales yanquis en Centro América— que trata de implementar su política exterior.

El primer aspecto de la contradicción está determinado por la imposibilidad de transformar el régimen socio-económico, puesto que implicaría

para el ejército cercenar sus posibilidades de alianza con la clase dominante, en un momento en que ésta, frente a la crisis del Estado desprovisto ahora de los préstamos exteriores y de la posibilidad de incrementar los recursos fiscales internos, acrecienta su poder en la correlación general de fuerzas; el segundo aspecto se explica por la imposibilidad de cambiar a fondo el régimen político, puesto que la represión ha llegado a convertirse en una necesidad consustancial del Estado, y con ella la hegemonía del ejército. De ahí que dos de los presupuestos que los yanquis consideran esenciales en su política exterior, en función de contener el incendio revolucionario en el área, resultan inaplicables al régimen guatemalteco.

El tercer aspecto de la contradicción sintetiza los conflictos externos que enfrenta el ejército. Históricamente, en efecto, la coherencia y el sentido de las doctrinas militares se dan ligados al desarrollo de las fuerzas productivas sociales. El desarrollo científico-tecnológico, el potencial industrial, la infraestructura de servicios en general y las comunicaciones en particular, determinan el carácter y el uso de fuerzas y medios, y en esa medida la naturaleza de la estrategia y la táctica. En el caso de los países centroamericanos, las doctrinas militares sustentadas desde la segunda mitad del siglo XIX por la mayoría de sus ejércitos, perdieron sentido progresivamente, en el marco del capitalismo dependiente del imperialismo. Bajo este sistema social, el desarrollo de doctrinas militares propias —y de la base industrial y tecnológica en que necesariamente se sustentan— está fuera del alcance de las fuerzas armadas de países con economías pequeñas, especializadas históricamente en la producción de materias primas y productos agrícolas.

Sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial, los criterios geoestratégicos prevalecientes en las metrópolis determinaron el encuadre de los ejércitos del istmo en la visión imperialista de la defensa hemisférica, subordinando doctrinas, modelos estructurales, e incluso tipo y cantidad de medios al criterio hegemónico de la potencia yanqui, a su enfoque de las prioridades estratégicas, a su concepto de los equilibrios regionales de fuerzas —en función de sus intereses económicos y políticos—, a su punto de vista de que la confrontación tiene lugar entre el este y el oeste, y a la particular visión que de todo esto se deriva respecto a la división internacional del trabajo, en el terreno militar. Las alianzas establecidas por el ejército guatemalteco con otros regímenes genocidas, en los últimos años, así como sus

esfuerzos por desarrollar una industria ligera militar, alivian el grado de sujeción al imperialismo que conlleva el encuadre en su esfera de influencia, pero no lo eliminan ni neutralizan.

Sin embargo, la negativa actual del ejército guatemalteco a involucrarse en la guerra de intervención imperialista en el área no está motivada únicamente por el cálculo o el chantaje político. La práctica histórica contemporánea revela realidades que los yanquis no previeron y que ahora se revierten contra su política. En América Latina, en la última década, las luchas clasistas y nacionales adoptan crecientemente en

determinadas áreas y circunstancias, formas de enfrentamiento militar que ya no se reducen sólo a la modalidad de guerras locales de carácter irregular, puesto que no sólo algunos Estados, sino pueblos en lucha, han comenzado a construir ejércitos propios o tienen la posibilidad de hacerlo. El nivel que, por ejemplo, ha llegado a alcanzar la guerra en El Salvador así lo demuestra, y la intervención yanqui en Granada, así como la creación de verdaderos ejércitos contrarrevolucionarios en la frontera honduro-nicaragüense, constituyen ya la nueva respuesta imperial al fenómeno que señalamos.

### III

El predominio militar logrado por el ejército durante las últimas fases de la guerra es, por lo tanto, el sustento real del esquema de poder vigente y la clave de la actual situación. Sin embargo, la posibilidad de consolidación del régimen —o lo que es igual, la consolidación de los resultados de la contrainsurgencia— depende de factores económicos y éstos, a su vez, de factores políticos, entrelazados en un marco estructural contradictorio. Traducida a términos concretos, esta situación significa que la consolidación de las patrullas civiles y de las formas de reconcentración poblacional, depende crucialmente de la eficacia de los planes reformistas en curso; y que éstos, a su vez, dependen de la capacidad del ejército para establecer y desarrollar un esquema de alianzas capaz de equilibrar los intereses de los tres factores de poder: el ejército mismo, la burguesía y el imperialismo. Es decir, para el enemigo la consolidación de los resultados de su acción militar depende ahora de un complejo de factores económicos y políticos interdependientes y contradictorios. Cumplidas en lo fundamental las fases militares de la contrainsurgencia, el ejército ha entrado de lleno a fases políticas de su estrategia, terreno en el que enfrenta la principal debilidad.

La nueva batalla planteada actualmente por el enemigo, por lo tanto, es esencialmente política, y no es otra cosa que la disputa de las masas en la nueva correlación de fuerzas. Para el

movimiento revolucionario, el problema estratégico central reside en definir el carácter de las armas con que es posible vencer en el desafío. Nuestro error principal consistiría en tratar de remontar la desfavorable correlación de fuerzas actual a partir principalmente del factor en que hemos demostrado ser más débiles hasta ahora y en el que, por el contrario, el enemigo ha evidenciado clara supremacía: el factor militar. La calidad de un ejército no se mide únicamente por su voluntad de lucha o por sus éxitos en la sobrevivencia, ni por el despliegue de meras capacidades operativas, por esforzadas y audaces que éstas puedan ser, sino principalmente por los resultados concretos de su acción militar a nivel de los factores estratégicos de la correlación de fuerzas, al hacer el balance de las campañas, de las batallas, de las fases o de las etapas de la guerra como situación global.

La justeza y el arraigo popular de la causa revolucionaria siguen siendo nuestra principal ventaja, y es principalmente con las armas políticas como debemos concurrir en este periodo a la batalla planteada. EL DESAFÍO, LA DEBILIDAD DEL ENEMIGO Y NUESTRA PROPIA FORTALEZA SON DE CARÁCTER POLÍTICO. A LA EXPLOTACION DE ESA DEBILIDAD DEL ADVERSARIO Y AL APROVECHAMIENTO DE ESA VENTAJA PROPIA ES A DONDE PRIORITARIAMENTE DEBE DIRIGIRSE EL FILO

Sin embargo, en este nuevo contexto militar internacional, las mutaciones doctrinales y orgánicas que ha experimentado el ejército guatemalteco en más de dos décadas de contrainsurgencia, es uno de los factores que limitan a esta fuerza armada para secundar los planes militares yanquis en el área. Debido a las necesidades de la guerra interna, la institución ha devenido, ciertamente, en una maquinaria eficaz para la guerra irregular; pero inepta para la confrontación con estructuras regulares, como podrían serlo en el área: el Ejército Popular Sandinista y aun los batallones del FMLN salvadoreño<sup>8</sup>.

DE NUESTRAS ARMAS EN LAS PROXIMAS FASES DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA, HASTA QUE LOS FACTORES DE ESTE TIPO QUE PODAMOS CREAR —INTERNOS Y EXTERNOS— LE CONFIERAN DE NUEVO AL FACTOR MILITAR SU PAPEL DECISIVO Y DEFINITIVO.

Dar la batalla política, pues, implica superar el punto de vista que considera lo militar como la única palanca para remontar la situación actual, punto de vista, además, ligado estrechamente a la visión de corto plazo. Este punto de vista considera que la iniciativa estratégica es susceptible de ser retomada mediante campañas militares, juzgando erróneamente que esas campañas, por sí mismas, serían capaces de revertir el control logrado sobre la población por el ejército y a partir de ello provocar un cambio en la correlación de fuerzas. Este punto de vista cobra rango de proyecto estratégico al tratar de responder en el corto plazo a la doble presión que representa la necesidad de contrarrestar los resultados de las campañas enemigas y a la vez alentar perspectivas próximas de triunfo entre las masas rurales afectadas.

Revertir los efectos de las armas contrainsurgentes, a través del factor militar, en efecto, sólo sería posible en el corto plazo mediante campañas mili-

<sup>8</sup> El fenómeno de debilitamiento orgánico de ciertos ejércitos del continente —a partir de las mutaciones que los impone el ejercicio de la contrainsurgencia— no es exclusivo de la experiencia guatemalteca. Ocurrió también en el caso del ejército argentino, lo cual se demostró durante la guerra del Atlántico Sur. En las Islas Malvinas, un ejército degradado doctrinal, estructural y políticamente por la guerra sucia contra las fuerzas insurgentes del pueblo argentino, sufrió una ignominiosa derrota en la primera confrontación regular que sostenía en décadas. La incapacidad que demuestran ciertos ejércitos latinoamericanos —principalmente en Centro América— para la guerra regular, y por el contrario, su vocación evidente como verdugos de su pueblo, no es sino uno de los resultados —en este caso en el terreno militar— de la dependencia de nuestras sociedades al imperialismo, y comienza a expresarse, en el hemisferio, los límites históricos de la doctrina contrainsurgente.

tareas de calidad superior, y sobre todo de decisión rápida, rasgos de la táctica que objetivamente están fuera del alcance de las unidades guerrilleras en la actualidad, debido a insuficiencias en el desarrollo, cuya superación ahora no se puede improvisar, y al control o a la neutralización lograda por el ejército de factores decisivos de la guerra en el campo. Entre otros, sobre la población y su consiguiente función como base de apoyo; sobre la economía local y las posibilidades logísticas que de ella se derivan; sobre la dispersión demográfica y la neutralización del valor militar del terreno que la reconcentración poblacional provoca. Es decir, sobre categorías de la estrategia militar —si nos redujéramos a enfocar la cuestión desde este ángulo— como son la retaguardia, la intendencia y el teatro de operaciones. Campañas militares como las descritas, además, exigirían el empleo creciente de fuerzas militares concentradas; pero el punto de vista que consideramos no tiene en cuenta suficientemente que la concentración de fuerzas militares conlleva la multiplicación proporcional de la base de apoyo, y sobre todo que esto no se puede lograr sin la mediación de factores políticos y organizativos proporcionales a los avances del enemigo, a nuestros errores y a las características de la crisis y de la situación actual.

En la montaña, por lo tanto, la recuperación estratégica implica invertir los términos. La primera tarea es la reconstrucción de la base de apoyo como forma específica de la reactivación del movimiento de masas en general, y esto sólo puede ser logrado en la actualidad concurrendo a la batalla política planteada, y tomando muy en

cuenta el nivel de contradicciones que existe entre las masas sometidas a control enemigo en el altiplano central y nor-occidental y aquellas que permanecen al lado de las fuerzas revolucionarias. Son contradicciones que no se dan entre sectores sociales opuestos entre sí por intereses antagónicos, sino que son contradicciones en el seno del pueblo. Librar esta batalla, sin embargo, exige priorizar los medios políticos y concurrir a ella sin el apremio de una acción militar inmediata que absorba todos los recursos y los subordine a ella.

Tal cambio de prioridades, obviamente, representa un viraje estratégico e implica regraduar el papel y el alcance de la guerra de guerrillas rural en la presente etapa. Es, por supuesto, una readecuación compleja, pero imprescindible, entrañando un desafío político que de ninguna manera es insuperable para una verdadera vanguardia revolucionaria. **TAL VIRAJE, SIN EMBARGO, NO SE PUEDE PRETENDER EN EL ACTUAL MARCO CONCEPTUAL PREVALECIENTE EN EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO, ENTRAÑANDO UNA REDEFINICION DEL PROYECTO EN SU CONJUNTO, REDEFINICION QUE NECESITA ABARCAR CATEGORIAS TALES COMO LAS FUERZAS MOTRICES, LAS ALIANZAS, LAS FORMAS DE LUCHA, LAS PLATAFORMAS PROGRAMATICAS Y EL TIPO DE ORGANIZACION DE VANGUARDIA CAPAZ DE CONSTRUIR, ARTICULAR Y DIRIGIR TODOS ESTOS FACTORES, ASI COMO LAS PRIORIDADES Y LOS PLAZOS ESTRATEGICOS.**

En el marco del presente material nos limitaremos a considerar el problema de las formas estratégicas de lucha, a partir sobre todo de la dimen-

sión militar de la cuestión, aunque tocando también los necesarios aspectos políticos y procurando hacerlo en el marco de la situación concreta, de tal manera que la redefinición de las formas de lucha haga posible aprovechar la debilidad del enemigo y al mismo tiempo renovar nuestro trabajo militar; que permita reconstruir el equilibrio geoestratégico de la guerra y a la vez posibilite la sincronía de las formas de lucha; que haga viable un proceso de desarrollo que responda a las leyes objetivas de la acumulación de fuerzas; que auxilie a la guerra de guerrillas rural abriendo frentes políticos de lucha, incorporando nuevos sectores sociales al esfuerzo político-militar y logrando a la vez un desarrollo en el contenido de clase del proyecto revolucionario; redefinir las formas de lucha de tal manera, que éstas sigan fijando al ejército al territorio nacional y a la guerra irregular, de forma que se profundice su degradación orgánica y se perpetúe su incapacidad militar de intervenir al lado del imperialismo en Centro América; que nos permitan combinar, en fin, las tareas que se han puesto a la orden del día para cambiar a nuestro favor la relación de fuerzas en el plano nacional, con la creación de condiciones cualitativamente superiores en lo político y lo militar para enfrentar con mayor globalidad la creciente intervención del imperialismo en Centro América y la posibilidad siempre presente de su intervención militar directa. En atención al carácter del presente material, tal redefinición se sintetiza en la incorporación de las formas insurreccionales de lucha, en la priorización de las tareas políticas y organizativas que su preparación exige y en los plazos que supone.

## IV

La posibilidad de incorporar las formas insurreccionales de lucha está inscrita en los hechos y se fundamenta en necesidades estratégicas del proyecto revolucionario. Su factibilidad se deriva de realidades geográficas, sociales y políticas, y su necesidad, de las características del país y del enfrentamiento, lo cual se ha puesto en evidencia a partir sobre todo de 1980. La posibilidad de revertir, en los plazos posibles, la actual situación de reflujo, de complementar estratégicamente la guerra de guerrillas rural y de recuperar a partir de ello la lucha revolucionaria en el país en la presente etapa, depende de manera determinante de la implementación de estas formas de lucha, y éstas a su vez de que podamos crear las condiciones políticas, organi-

zativas y militares que requieren.

El Sistema de Los Cuchumatanes y las planicies selváticas comprendidas en los departamentos de Huehuetenango y El Quiché; las llanuras del Petén; el Sistema de la Sierra Madre, en los departamentos de San Marcos, Quetzaltenango y Sololá; las sierras de Chamá y Chuacús, en los departamentos de Alta y Baja Verapaz, respectivamente, así como la Sierra de Las Minas y sus prolongaciones nor-orientales, forman el escenario actual o potencial de la guerra de guerrillas rural. En esta parte del país habita la mayoría del campesinado pobre y una importante porción del semi-proletariado, en su mayoría indígenas. Debido a los avances de la contrainsurgencia, la guerra de guerrillas rural ha quedado limita-

da a áreas restringidas de la zona montañosa enumerada, por lo cual su peso específico en el balance de fuerzas no se puede hacer sentir sin reconstruir el equilibrio geoestratégico de la guerra en su conjunto.

La capital del país, Quetzaltenango, Escuintla y otras concentraciones urbanas en crecimiento, por otra parte; los llanos del sur y del nor-oriental; la altiplanicie montañosa oriental; la altiplanicie de Sololá y el departamento de Totonicapán, así como el área paracentral, en los departamentos de Sacatepéquez, Chimaltenango y el sur del Quiché, principalmente, forman el área insurreccional por excelencia de la guerra revolucionaria. En esta parte del país habita lo fundamental del prole-

**La nueva batalla planteada actualmente por el enemigo, por lo tanto, es esencialmente política, y no es otra cosa que la disputa de las masas en la nueva correlación de fuerzas.**

**Para el movimiento revolucionario, el problema estratégico central reside en definir el carácter de las armas con que es posible vencer el desafío.**

**Nuestro error principal consistiría en tratar de remontar la desfavorable correlación de fuerzas actual a partir principalmente del factor en que hemos demostrado ser más débiles hasta ahora y en el que, por el contrario, el enemigo ha evidenciado clara supremacía: el factor militar.**

tariado industrial y agrícola y del semi-proletariado; allí se concentran campesinos medios que participan de la problemática étnico-cultural y que se hallan involucrados en el rechazo a la dominación del aparato de Estado y a la represión del ejército, capas medias empobrecidas y el creciente ejército de desempleados; es además la zona que atrae y recibe a las grandes corrientes migratorias internas, tanto permanentes (campo-ciudad) como temporales (semiproletariado). Esta área geoestratégica incluye los principales centros manufactureros, los corredores industriales, las zonas donde se asienta el grueso de la agricultura de exportación y de la agricultura comercial en general, así como las más importantes instalaciones de la infraestructura productiva y de servicios.

Debido a su dependencia del salario y del mercado, las masas trabajadoras de esta parte del país se ven limitadas objetivamente para participar en dinámicas militares prolongadas, siendo las formas insurreccionales la modalidad de lucha violenta accesible a ellas. El equilibrio geoestratégico, en primer lugar, exige la incorporación del área insurreccional al esfuerzo global. Pero la participación de los asalariados, a su vez, impone readecuaciones de línea en términos organizativos y pro-

gramáticos, y por lo tanto, en términos de los plazos en que se puede pretender la incidencia de esta área en la correlación de fuerzas.

Desde el punto de vista político general, la incorporación o reincorporación de las masas a la lucha revolucionaria no se puede pretender, en las actuales circunstancias, sin que ellas reconstruyan, en los niveles indispensables, su poder económico; sin que recuperen un margen suficiente de iniciativa política y sin que la vanguardia demuestre, en la práctica, la viabilidad de los esfuerzos que propone, dando a su vez ejemplo, en su funcionamiento interno, de consecuencia con los objetivos que traza en su programa. Las lecciones extraídas por las masas en los últimos años, por otra parte, plantean la necesidad política de impulsar formas violentas de lucha que, correctamente dirigidas, no comporten el altísimo costo social que ha tenido hasta hoy la guerra revolucionaria, implementada en la práctica como enfrentamiento casi exclusivamente militar. De ahí la necesidad de adecuar las formas de lucha a la situación de las masas, a su percepción de la correlación de fuerzas y a los márgenes objetivos que ésta permite en la actualidad. En las próximas fases de la lucha, esta cuestión estará regida por una ecuación estratégica que puede formularse así: EL DESPLIEGUE DE FORMAS SUPERIORES DE LUCHA, EN EL PLANO MILITAR, ESTA EN RELACION DIRECTAMENTE PROPORCIONAL A LAS POSIBILIDADES DE DECISION RAPIDA DE LAS MISMAS, EN CONYUNTRAS DETERMINADAS; LA DECISION RAPIDA EN LO MILITAR SUPONE UNA LENTA ACUMULACION DE FUERZAS PREVIA EN LO POLITICO-ORGANIZATIVO, HASTA CONFORMAR —JUNTO CON OTROS FACTORES— UN MOMENTO DE RUPTURA.

Las formas de lucha, por lo tanto, deben tener correspondencia con la correlación concreta y global de fuerzas. El ataque sistemático al poder local enemigo políticamente irreductible, el sabotaje en gran escala a la agroexportación o las operaciones militares de aniquilamiento, por ejemplo, son formas concretas de lucha que corresponden a fases de equilibrio o de ofensiva estratégica de las fuerzas revolucionarias en una situación de guerra, puesto que el respaldo al poder local emergente en las zonas controladas por nosotros, los costos sociales del sabotaje (desempleo, por ejemplo) o la autodefensa de la población tras los combates de aniquilamiento, descansan decisivamente —aunque no de manera única— en la garantía que representa la fuerza militar revolucionaria hegemónica localmente y la perspectiva de su triunfo cercano. No es correc-

to, por lo tanto, pretender el despliegue de estas formas de lucha en situación de defensiva estratégica de las fuerzas revolucionarias o en fases de reflujó del movimiento de masas.

Las masas del área insurreccional se caracterizan por su concentración en zonas desfavorables para la acumulación de fuerzas guerrilleras, por el vital papel que juegan en el funcionamiento del aparato productivo y de servicios y, en consecuencia, por su dependencia directa del salario y su falta de control sobre los medios de producción y de vida. Estos rasgos estructurales y de dinámica social determinan que las formas de lucha de las masas en estas áreas del país, para ser efectivas, deben basarse necesariamente en la fuerza del número, en su vinculación a los factores del funcionamiento económico, en su articulación de lo inferior a lo superior, en la acumulación lenta de fuerzas en el plano político pero en la búsqueda de la decisión rápida en el terreno militar, en la estrecha dependencia de su dinámica de desarrollo a los cambios coyunturales de la correlación de fuerzas.

La insurrección no es sino la forma superior, violenta, en que culmina eventualmente el desarrollo de determinadas luchas amplias, reivindicativas, de

**La justeza y el arraigo popular de la causa revolucionaria siguen siendo nuestra principal ventaja, y es principalmente con las armas políticas como debemos concurrir en este período a la batalla planteada.**

**El desafío, la debilidad del enemigo y nuestra propia fortaleza son de carácter político.**

**A la explotación de esa debilidad del adversario y al aprovechamiento de esa ventaja propia es a donde prioritariamente debe dirigirse el filo de nuestras armas en las próximas fases de la lucha revolucionaria, hasta que los factores de este tipo que podamos crear —internos y externos— le confieran de nuevo al factor militar su papel decisivo y definitivo.**

un conjunto de sectores de masas. Estas luchas, gestadas alrededor de reclamos económicos y sociales básicos, por ejemplo, adoptan contenido político al cuestionar, al chocar, con el régimen que los niega, y forma militar cuando las contradicciones entre la masa en lucha y el poder dominante, se tornan irresolubles por medios pacíficos en una coyuntura dada y existen los factores organizativos y técnicos indispensables para conferirle su carácter. Por lo mismo, la preparación de la insurrección desde el punto de vista de su implementación práctica, reclama de la vanguardia un árduo y complejo proceso organizativo previo y su coordinación con otras formas de lucha en desarrollo, de tal manera que la insurrección sea un fenómeno susceptible de dirección, que ascienda o se repliegue en el momento oportuno —dependiendo de su carácter— y que encuentre complemento con otros factores estratégicos de la correlación de fuerzas, internos y externos.

En atención a su carácter, el despliegue de formas insurreccionales de lucha no se puede pretender en el corto plazo, en tanto proceso organizado y dirigido por la vanguardia; las formas insurreccionales de lucha sólo son posibles como resultado de un conjunto de factores sobre los cuales la vanguardia puede y debe incidir, pero que no puede crear a voluntad. El embrión objetivo de la insurrección está en el desarrollo por las masas de luchas reivindicativas vitales a las que se opone un sistema y un régimen político que es incompatible con ellas. La creación de condiciones objetivas para estas luchas se desprende entonces de la naturaleza del régimen y de su incapacidad para encontrarles cauces de solución, y no de la voluntad de los revolucionarios. Pero en el desarrollo de las condiciones subjetivas y en la preparación de los factores de dirección y organización, el papel de los revolucionarios es imprescindible, puesto que ni la conciencia de la necesaria lucha por el poder y por la revolución, ni mucho menos la implementación global de las formas de lucha, son un resultado espontáneo del movimiento de las masas.

La vanguardia debe en consecuencia masificar la conciencia en torno a la necesidad del programa de la revolución, y la convicción de que la lucha por él —que debe ser la lucha por las necesidades más sentidas y apremiantes y su solución de fondo— pasa ine-

vitamente por la toma del poder a través de la violencia popular y revolucionaria. Debe luchar por concertar las más amplias alianzas internas y externas con todas las fuerzas que pueden coincidir en torno a un programa revolucionario que asegure en principio la derrota del ejército y de la gran burguesía; que rompa los vínculos de subordinación al imperialismo, y que a partir de ese hecho fundamental —la destrucción del viejo poder y la construcción de otro nuevo— cree las grandes premisas para asegurar las largas y complejas transiciones hacia el gran objetivo histórico de abolir la explotación del hombre por el hombre.

La vanguardia, por lo tanto, debe preparar los recursos en cuadros, estructuras y medios técnicos que requiera la implementación militar de la disputa por el poder. Pero para todo ello debe construirse a sí misma con las calidades políticas, estructurales y de capacidad práctica que sus funciones concretas requieren, reclutando selectivamente entre las masas a sus militantes, echando raíces al interior de los sectores sociales decisivos como fuerzas motrices, y en particular entre los productores asalariados, que constituyen el destacamento más avanzado de las masas, y haciendo vigentes en su interior las concepciones de nueva democracia que proclama como objetivo para la sociedad. Para conquistar la audiencia política y la credibilidad que un proceso de esa naturaleza exige y disponer de los recursos para llevarlo a la práctica, se necesitan transformaciones cualitativas de las organizaciones revolucionarias, en el sentido de superar el actual tipo de organización político-militar por la vía de partidos revolucionarios de combate, y construir la unidad revolucionaria sobre bases ideológicas, estratégicas y programáticas<sup>9</sup>.

El desarrollo de las luchas reivindicativas, económicas, sociales y políticas y su articulación ascendente, en coyunturas favorables, es lo que crea la base para que determinadas luchas amplias desemboquen en formas superiores de violencia de masas. En la presente etapa, la posibilidad de revertir la dinámica de reflujo de la lucha reivindicativa de las masas se basa en la situación de agobio en que ha sumido a aquéllas la irresoluble crisis económica y el régimen represivo que conlleva fatalmente. Nunca en la historia del país habían coincido grados tan altos de deterioro de las condiciones

materiales con niveles tan elevados de rechazo al sistema por parte de las masas. Organización y dirección son los principales factores ausentes, y el punto de partida para avanzar en ambos está en la determinación del programa y de las formas de lucha adecuadas, así como en la implementación de un proceso de unidad de acción y lucha ideológica que integre a todos los revolucionarios sin excepción.

La incorporación de formas insurreccionales de lucha cobra la máxima importancia en atención al país como totalidad y en función de un nuevo contenido social del proyecto revolucionario. El concepto prevaleciente en la actualidad acerca de la guerra popular revolucionaria, en efecto, adolece de ausencias de fondo que trascienden la cuestión del equilibrio geoestratégico y afectan la perspectiva del proyecto mismo. La guerra de guerrillas se desarrolla fundamentalmente en el campo y posibilita en sus momentos de auge la incorporación del campesinado pobre al esfuerzo político-militar; pero deja sin resolver el problema de la participación de sectores sociales fundamentales en el esfuerzo global de la lucha violenta por el poder, o la remite a fases últimas e hipotéticas cuyas precondiciones no se han demostrado históricamente posibles. Sin la beligerancia del proletariado, de las capas medias empobrecidas y de las masas populares afectadas por la crisis crónica del sistema, no es posible lograr el grado de acumulación de fuerzas que requiere en Guatemala la disputa del poder.

El proyecto insurreccional, en atención a todas las razones apuntadas, encuentra su escenario propicio en la ciudad, en el llano y en las áreas paracentrales del país. Es el espacio socio-geográfico específico para impulsar formas de lucha cuya posibilidad de éxito se basa en la fuerza del número, en el poder social de los productores asalariados y en el carácter decisivo que para el desenlace de la guerra tiene la acción militar de la principal masa productora del país y de la mayoría de la población. El eje social de la insurrección será el proletariado, clase social de la cual forman parte en Guatemala los obreros de la industria y de los servicios, los obreros agrícolas y el semiproletariado, principalmente aquel que habita en las áreas rurales más profunda y complejamente integradas a la economía capitalista. Los productores asalariados, por lo tanto, inclu-

<sup>9</sup> Sobre el tema del Programa versará el artículo de fondo de *Opinión Política* No. 5, y el tema de la Organización será abordado específicamente, después. Elementos programáticos se incluyen en el presente artículo, en una síntesis apretada e insuficiente, por la necesaria globalidad que requiere el tratamiento del tema.

yen en sus filas a productores de la ciudad y del campo, así como a indios y ladinos.

El proletariado, por otra parte, es la clase explotada que el desarrollo del capitalismo guatemalteco conforma estructural e ideológicamente como fuerza social susceptible de generar luchas ligadas orgánicamente a las posibilidades históricas de desarrollo de la estructura socio-económica, por lo cual posee mayor margen de independencia en relación a los factores extraeconómicos de que puede echar mano la clase dominante, como recurso de guerra, para sofocar su esfuerzo revolucionario. A diferencia del campesinado, con la clase proletaria el enemigo simplemente no podría recurrir al expediente de reconcentrarla y desarticular su economía, puesto que sería hacerlo con la propia fuente de su riqueza. Alrededor de esta clase social habrán de articularse las luchas políticas y militares de las capas medias y demás sectores populares de la ciudad y del área suburbana. La estrategia insurreccional y la guerra de guerrillas rural deben complementarse en términos nacionales como formas de lucha y como movimientos políticos y sociales que persiguen un mismo programa, a manera de lograr la globalidad que imprescindiblemente requiere la lucha por la revolución.

Alrededor de su contenido social es donde tiene lugar el aspecto de mayor alcance en la redefinición del proyecto revolucionario que proponemos. Comprendido en su sentido amplio de productor colectivo básicamente dependiente del salario, el proletariado es la clase que produce lo principal de la riqueza social; su forma principal de lucha militar —la insurrección— es uno de los ejes estratégicos de la lucha armada por la toma del poder; en razón de que se conforma por el desarrollo de las fuerzas productivas, es el sector social mejor preparado históricamente para impulsar sin trabas el proyecto revolucionario de transformación de la sociedad. Teniendo en cuenta estas características sociales, políticas e ideológicas —y el papel que en consecuencia le corresponde en la transformación social— el proletariado está llamado a constituirse en la fuerza dirigente de la revolución guatemalteca, la fuerza social cuya perspectiva es el desarrollo de la revolución misma.

En el campo, más allá de que el corazón de las masas, subyugadas ahora por la contrainsurgencia, esté con la revolución; independientemente de que la perspectiva de la población refugiada en el extranjero o en las montañas sea el retorno a sus aldeas, a su tierra e

**En Guatemala la vía de la revolución tiene que ser necesariamente la de la violencia revolucionaria.**

**Pero que los desenlaces tengan que ser violentos, no significa que todas las luchas adquieran desde el principio ese carácter.**

**Hay que saber plantear, combinar y hacer coincidir una variada gama de formas de lucha: legales e ilegales, violentas y pacíficas, políticas y militares, pero sin alimentar ninguna ilusión acerca de un eventual desenlace pacífico.**

**El desenlace tendrá inevitablemente la forma de enfrentamiento armado, pero para alcanzar ese nivel y asegurar el éxito habrá de recorrerse un camino previo en el cual la acumulación de factores sociales y políticos, a nivel interno y externo, y el consiguiente socavamiento del régimen, jugarán el papel fundamental, creando las condiciones que puedan darle rango definitorio a la fuerza militar...**

incluso a la lucha misma, la materialización de ese futuro depende ahora de la recomposición de factores que objetivamente están fuera de su horizonte visual, en conceptos, en espacio, en tiempo. Más allá de la participación revolucionaria residual o intensa —según las áreas— que continúa; más allá de la resistencia que persiste, de las formas de autodefensa espontáneas o inducidas que sectores de la población rural despliegan, los riesgos de desintegración social que para las masas representan los conflictos en el seno del pueblo provocados por el desborde de la guerra y por su manipulación antiguerrillera, son realidades apremiantes que se anteponen a su perspectiva. Y sobre todo, la actual reconcentración de la población en patrullas civiles y en aldeas militarizadas exigen una concreta perspectiva de liberación. Por todo ello, las implicaciones de complejidad y largo plazo que en la comprensión de la masa campesina tiene cualquier posible recuperación revolucionaria, son incuantifica-

bles.

Para la guerra de guerrillas rural, esto significa que sus esfuerzos sólo tendrán efectos de recuperación social revolucionaria si se dirigen a la resolución de esos conflictos políticos, a la reconstrucción de los factores organizativos que se hallan en la base de toda posible iniciativa política y militar; si a través del trabajo político logra iniciar el proceso de subversión de las formas de poder local creadas en el campo por el enemigo; si las masas perciben estos esfuerzos como un fenómeno global, nacional, como recomposición en la cual es posible fincar una perspectiva cierta y favorable.

La lucha política y su perspectiva insurreccional, por lo tanto, también están a la orden del día para la población del campo. La actualidad política de estas formas de lucha, además, enlaza en las zonas indígenas con rasgos sociales y culturales que pueden conferirle a aquéllas el rango de formas

históricas de lucha.

Debido a la peculiar estructura de la comunidad indígena, al papel que lo colectivo juega en esta cultura y al vigor de los vínculos de solidaridad que rigen el funcionamiento de los grupos étnico-nacionales, la principal forma espontánea de lucha violenta de estos grupos sociales ha sido el llamado *levantamiento de indios*. Este no es sino una modalidad de insurrección espontánea, a la cual han recurrido históricamente las parcialidades y en los últimos años los grupos étnico-nacionales contemporáneos. Insurrecciones espontáneas, en efecto, fueron el levantamiento de Atanasio Tzul y Lucas Aguilar, en la Colonia tardía, el motín de Patzicia en 1944 y el levantamiento de los comuneros de Santa María Xalapan en 1978, para sólo citar los ejemplos más conocidos. La tendencia espontánea a la insurrección los manifestó también en el generalizado levantamiento y sublevación del altiplano central y otros frentes del noroccidente, entre 1980 y 1981, aunque aquí en el marco de la acumulación de factores políticos, ideológicos y de lucha de masas que se produjo sobre todo en los quince años previos, y en el contexto de una crisis nacional que por primera vez involucró directamente al grueso de la población indígena, en un marco de desarrollo nacional de la guerra popular revolucionaria y de grandes cambios políticos en Centro América.

En la presente etapa, la insurrección indígena se debe incorporar al arsenal revolucionario, de cara a las formas de organización paramilitar masiva y de reconcentración poblacional impues-

tas en el campo por la contrainsurgencia. Es la forma de lucha que, en los plazos que requiere su preparación, representa la principal posibilidad de subvertir desde dentro las patrullas civiles y las aldeas modelo, subversión cuya culminación sólo puede concebirse como fenómeno masivo, generalizado y simultáneo, articulado con ofensivas revolucionarias en el campo y en la ciudad. La destrucción desde dentro de la estructura antiguerrillera de poder local, por lo tanto, requiere del máximo despliegue de las armas políticas necesarias para reconstruir los factores de cohesión social, hoy profundamente afectados por las razones expuestas, y lograr así la unidad fundamental del pueblo frente al enemigo. Es una batalla estratégica, en la medida en que constituye una de las claves para la reversión de la actual correlación desfavorable de fuerzas. La posibilidad de recuperar el proceso revolucionario en las montañas pasa por las luchas sociales y políticas en general, y la implementación de formas insurreccionales responde a la necesidad de decisión rápida que, junto a la acumulación prolongada de fuerzas, requiere en las condiciones de Guatemala —desde el punto de vista esencialmente militar— el triunfo de la revolución.

De cara a la previsible intervención militar del imperialismo, finalmente, la necesidad del programa insurreccional revolucionario cobra una razón adicional en la perspectiva. Las formas superiores de intervención militar que en los últimos años ha desplegado el imperialismo contra la revolución en Nicaragua y en El Salvador —introdu-

ciendo ejércitos mercenarios o escalando la intervención bajo su nueva concepción de guerras de baja intensidad— tienen relación directa con el relativo aislamiento del teatro de operaciones. Las zonas fronterizas hondureño-nicaragüenses, o Morazán y Chalatenango, en El Salvador, constituyen, debido a su carácter de territorios marginales o interiores, escenarios bélicos propicios para el progresivo despliegue de la máquina de guerra imperialista, sin más costos efectivos que aquellos que se derivan del desgaste militar limitado. Las campañas de genocidio virtualmente impunes, perpetradas por el ejército guatemalteco en las áreas montañosas del país, entre 1982 y 1983, refuerzan suficientemente esta afirmación.

El planteamiento de la insurrección como arma en la lucha por la toma del poder, y su desarrollo en las ciudades principales y en las áreas suburbanas, donde los acontecimientos son inoculables, representaría un obstáculo político de primer orden para una fuerza militar intervencionista, al quitarle todo fundamento al esquema en el cual se asienta la actual doctrina intervencionista del imperialismo, según la cual el conflicto centroamericano deriva de la presencia militar de intereses foráneos y su aprovechamiento de los conflictos locales. El carácter de masas de la rebelión popular se debe hacer evidente y con él el costo de oponerle una masacre súbita, y de dimensiones nacionales, y en este sentido es preciso valorar a fondo la experiencia nicaragüense de 1979, frente a la cual los yanquis fueron incapaces de oponer su intervención inmediata.

## V

La redefinición estratégica, pues, se desprende de una realidad que ha cambiado por obra de sus propios factores y principalmente a partir de la lucha por su subversión revolucionaria. El alto costo social que para sus protagonistas ha tenido el prolongado esfuerzo de enfrentar al enemigo a través de formas casi exclusivamente militares, principalmente a través del criterio de llegar a oponer un ejército revolucionario capaz de derrotarlo por sí mismo, no admite la reiteración de ciclos similares, y mucho menos basados en las mismas concepciones y métodos. La acumulación misma de fuerzas resulta contradictoria, como propósito, con el desangramiento permanente y desproporcionado, en términos de masas, de combatientes, de cuadros. De ahí que esté a la orden del día imple-

mentar formas de lucha que a partir de la acumulación lenta de fuerzas—determinado su ritmo por las circunstancias y no por la voluntad—, en lo político, organizativo, militar y económico, busquen la decisión rápida, en el momento oportuno, en el plano militar. Desenlace que resulte posible mediante la convergencia, en una dirección, del conjunto de factores internos y externos que necesitamos hacer concurrir para que se produzca la posibilidad efectiva de derrotar al enemigo, usando los recursos militares que son accesibles y podemos acumular en la situación de nuestro país y de su contexto geoestratégico.

La recuperación de la lucha revolucionaria, por lo tanto, sólo se puede conseguir en el mediano y largo plazo.

Para la guerra de guerrillas rural, esto significa que la recuperación de esos factores de fondo sólo en lapsos proporcionales podrá tener lugar. En términos globales, de ello se desprende que la recuperación del proceso revolucionario no puede concebirse ni exclusiva ni principalmente —en las próximas fases— sobre la base de la guerra de guerrillas rural y que, antes bien, el movimiento revolucionario deberá hacer pesar ahora en la balanza de la confrontación con el enemigo y en un marco global de complementación, factores estratégicos y políticos distintos.

La guerra de guerrillas rural seguirá jugando un papel importante, principalmente como semillero para la formación de cuadros —políticos y militares—, como soporte y complemento

de la actividad política organizada, es un factor determinante del trabajo de preparación insurreccional y como perspectiva de acción militar conjunta. A parte de todo ello, como factor de influencia del espectro al territorio insurreccional y a la guerra irregular. El papel decisivo para conseguir la destacable correlación de fuerzas actual le corresponde al factor político, en lo inmediato, y en la perspectiva, al desarrollo de las formas organizativas de la violencia revolucionaria que es necesario y posible desplegar en los distintos frentes de lucha, hasta que en un determinado momento puedan jugar su papel definitivo. La priorización actual del factor político es la consecuencia para que la guerra de guerrillas pueda recuperar su perspectiva de desarrollo y para el ulterior despliegue de formas insurreccionales de lucha.

Debemos definir la vía de la revolución, por lo tanto, en atención a las características del enemigo que enfrentamos y a la naturaleza de nuestros objetivos, requiriendo datos de la destrucción del aparato estatal reprimido al servicio de la gran burguesía y de la subordinación al imperialismo, y siendo este orden de cosas sostenido por la violencia revolucionaria, la vía de la revolución tiene necesariamente que ser la de la violencia revolucionaria. Sin embargo, la vía no adquiere contenido sin la praxis, aunque sea más general, de las formas de lucha. Que los desenlaces tengan que ser vitales, no significa que todas las luchas adquieran desde el principio ese carácter. Dada la complejidad de la formación social guatemalteca y las características del periodo por el cual atravesamos, es preciso saber plantear, combinar y hacer coincidir una variedad gama de formas de lucha: legales o ilegales, violentas y pacíficas, políticas y militares, pero sin alimentar ninguna ilusión acerca de un eventual desenlace pacífico. El desenlace tendrá inevitablemente la forma de enfrentamiento armado, pero para alcanzarlo

debemos asegurar el éxito futuro de la guerra en un espacio preciso en el cual la acumulación de hechos insurreccionales y políticos a nivel interno y externo, y el consiguiente sacudimiento del régimen, permitan el papel fundamental, crucial de las condiciones que pueden darle mayor debilidad a la fuerza militar que enfrentamos tanto hoy como puede ser posible en que momentos venimos en la posibilidad de desplegar, sobre la base de la preparación previa.

La base de masas de un programa está constituida por el proletariado en concepto estricto, el campesinado trabajador, las capas medias empobrecidas y las masas afectadas por la crisis del sistema. El primer es la fuerza dirigente, actuando como el núcleo para de concertar con las masas las más amplias intervenciones populares y nacionales y dándole al proceso de emancipación nacional y social un carácter de transición irreversible hacia la abolición de la explotación. La alianza del proletariado con el campesinado pobre es la base para la acumulación de fuerzas que realicen el triunfo revolucionario, así como para la conformación de la nueva hegemonía social que no debe construirse luego de la destrucción del aparato de Estado, de la explotación de la gran burguesía y de la explotación de las relaciones con el imperialismo. En torno a este eje habrán de articularse las alianzas con todas aquellas fuerzas capaces de contribuir en un amplio programa de liberación nacional y social, primero e irreversible paso para la construcción de una nueva sociedad en Guatemala, uno de cuyos grandes objetivos históricos es la revolución revolucionaria de la cuestión étnico-nacional.

No es pues otro desplazamiento hacia un nuevo escenario socio-geográfico lo que reclama en la actualidad el desarrollo de la lucha revolucionaria, sino su recuperación en el más amplio sentido, lo cual supone una redefinición programática que trascienda el propó-

sito del presente artículo. *El resultado debe, además, darse contrarrestar, lo general con nueva aliento, la creciente tendencia a la militarización del proceso de vida de la revolución, lo cual se expresa entre otros cosas — en la conclusión de la vía con el proyecto actual, adecuando en las luchas la línea armada al rango de programa. Aunque es una incógnita la necesidad del éxito, los revolucionarios no debemos perder de vista que la vía armada es un medio y no el fin, produciendo un alerta ante los riesgos de desviación y empobrecimiento del propósito mismo de nuestra lucha. Y tampoco debe ser ajeno a esta reflexión, finalmente, el propósito de mantener — mediante el florecimiento de la ideología revolucionaria entre las masas y los militantes — los desbordes que la complejidad multifuncional del país y la complejidad de la estructura socio-económica, inducirán en la práctica de la guerra, si no existe dirección correcta y suficiente. Son realidades de la lucha de clases y los revolucionarios no podemos cerrar los ojos ante ellas.*

Al reflexionar sobre la dialéctica social, Marx llegó a la conclusión de que la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, ya que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan, o por lo menos, se están formando, las condiciones materiales para su realización. Desde nuestras circunstancias, nosotros interpretamos esta idea como que en el transcurso de su desarrollo, la historia le proporciona a los revolucionarios la posibilidad de forjar las armas necesarias para cambiar el mundo. Y de ello, por tanto, comprendemos que la renovación del arsenal revolucionario es una necesidad del proceso histórico. Esto, sin embargo, sólo resulta posible cuando los subversores, en la experiencia, logran visualizar donde una perspectiva superior la nueva totalidad, pues las claves de lo real únicamente se revelan cuando uno de sus ciclos se completa.

---

**Ofrecemos nuestro boletín para la publicación de otras opiniones que reúnan los requisitos de seriedad y fundamentación indispensables, que se refieran a cuestiones no internas, y que estén absolutamente exentas de ataques personales, insinuaciones o acusaciones, sin importar que éstas contraríen o refuten las opiniones de los editores.**

---